

José María de Areilza, el reformista perdido de la Transición

José María de Areilza, the lost reformer of the Transition

Adrián Magaldi Fernández

Universidad de Cantabria

adrian@magaldi.es

<https://orcid.org/0000-0002-3241-8802>

Recibido: 30/04/2023

Aceptado: 28/06/2023

Cómo citar este artículo: Adrián MAGALDI (2024). José María de Areilza, el reformista perdido de la Transición. *Pasado y Memoria*, 28, pp.202-224, <https://doi.org/10.14198/pasado.25111>

Resumen

José María de Areilza (1909-1998), II marqués de Santa Rosa del Río y conde consorte de Motrico, fue una de las personalidades más relevantes de la política española del siglo XX. A lo largo de su vida evolucionó desde un estrecho colaboracionismo con la dictadura franquista a una abierta disidencia en la que se colocó como un destacado reformista durante el tardofranquismo y la transición democrática. Su proyección en la vida pública generó entonces numerosos pronósticos respecto a su futuro, pero todos quedaron truncados y su figura acabó relegada a un eterno segundo plano. Durante los años del cambio político español, Areilza actuó en diferentes esferas: el Ministerio de Asuntos Exteriores en el primer gobierno de la monarquía, las negociaciones para vertebrar y liderar el espacio del centro político, la promoción de una alternativa de «derecha civilizada» de talante liberal, y una actuación parlamentaria en busca de un gobierno de concentración. Todos sus movimientos estuvieron marcados por el objetivo común de alcanzar la Presidencia del Gobierno, tal y como muchos habían esperado. Pero estos pronósticos nunca llegaron a convertirse en realidad. El propósito del presente trabajo es analizar la trayectoria de José María de Areilza durante la transición democrática para comprender sus ideas y movimientos, así como

©2024 Adrián Magaldi Fernández



Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.

las razones que provocaron que quedara postergado en la realidad política de la época, víctima de sus propias intrigas y ambiciones, así como de una elevada concepción de sí mismo y de sus posibilidades. Se pretende reflejar la trayectoria de Areilza, concebido como el gran reformista perdido durante la Transición.

Palabras clave: José María de Areilza, transición española, reformismo, centrismo, derecha política, liberalismo, Asuntos Exteriores.

Abstract

José María de Areilza (1909-1998) II Marquis Santa Rosa del Río and Consort Count of Motrico, was one of the most relevant personalities in 20th century Spanish politics. He evolved from close collaboration with Franco's dictatorship to open dissidence. He positioned himself as a leading reformer, during the late Franco regime and the democratic transition. Many predictions were then made regarding his projection in public life, but all were truncated for a character who ended up relegated to an eternal background. During the years of Spanish political change, Areilza acted from different spheres: the Ministry of Foreign Affairs in the first government of the monarchy, the negotiations to structure and lead the space of the political center, the promotion of an alternative of «civilized right» of liberal disposition, and a parliamentary performance in search of a concentration government. All his movements were marked by the common objective of becoming Prime Minister, as many had expected. But those predictions never came true.

This paper is intended to analyze the trajectory of José María de Areilza during the democratic transition so as to understand his ideas and movements as well as the reasons that caused him to be left behind in the political reality of the time, a victim of his own intrigues and ambitions, with a high conception of himself and his possibilities as the great reformer lost during the Transition.

Keywords: José María de Areilza, Spanish transition, reformism, centrism, Political right, liberalism, Foreign Affairs.

Introducción

«Areilza: el Presidente que no fue»¹. Con este titular se refirió, en el verano de 1976, la revista *Cuadernos para el Diálogo* a la figura de José María de Areilza después de que este viera frustradas sus aspiraciones presidenciales tras el nombramiento de Adolfo Suárez como jefe del Gobierno. Aquel revés sufrido por Areilza –popularmente conocido como el conde de Motrico– supuso tan solo uno más de los diversos fracasos que vivió durante la transición democrática española. Pese a las muchas expectativas depositadas en su futuro político, en tanto que uno de los máximos representantes del reformismo y de lo que él

1. *Cuadernos para el Diálogo*, 10-7-1976.

mismo denominó como «derecha civilizada», todos los pronósticos se vieron frustrados. Areilza se convirtió en una figura singular en la que su elevada proyección y valoración contrastó con el lugar que finalmente ocupó. Según le retrató Manuel Fraga en sus memorias,

«Areilza es un fenómeno singular y lujoso de la política española contemporánea, en la que ha permanecido durante medio siglo. Conozco muy pocas personas, en el mundo, en quien concurran tantas dotes para la política: gran prestancia personal, importante independencia económica, relaciones sociales de excepción (dentro y fuera de España), capacidad de comunicación oral y escrita excelsas, cultura y viajes, experiencia. Al lado de eso, un defecto capital: la inconstancia. En política no se puede, en el mundo de hoy, improvisar cada día una operación [...]. Areilza se deja desbordar por sus propias dotes y capacidad imaginativa, y nunca hay manera de saber dónde estará al día siguiente. Ello le hace difícil la continuidad de una línea, la tenacidad de un empeño y la confianza esencial en toda acción pública» (Fraga, 1987: 143).

Y es que, pese a su reconocimiento, Areilza recorrió la Transición víctima de sus propias vanidades y ambiciones que le valieron, por parte de Rafael Borrás, definirlo como un singular «Talleyrand de Aravaca» cuyas altas expectativas acabaron anuladas fruto de sus constantes movimientos en busca del éxito (Borrás, 2014). Como apuntó su consuegro Antonio Garrigues Díaz-Cañabate –compañero en el consejo de ministros del primer gobierno de la monarquía–:

«Para él la vida, y no digamos la vida política, es un juego de azar en el que hay que apostar siempre. En ese juego, como en todo juego, unas veces pierde y otras gana. Lo que no hace nunca es abstenerse, esperar [...]. Cuando pierde, ya tiene preparada la próxima jugada, la que sea, la que imponga la realidad inmediata [...]. No ha conseguido todavía un pleno político, pero nunca renunciará a él, porque va a la política como el hierro al imán» (Garrigues, 1978:166-168).

Areilza vivió su vida política en una partida constante contra las circunstancias, sus proyectos y sus ambiciones, evolucionando del horizonte reaccionario al talante liberal, del colaboracionismo con la dictadura a una abierta disidencia que, ante el fin del régimen, le llevaron a colocarse como una de las figuras más prominentes del espectro reformista. Durante el cambio político, Areilza jugó sus cartas desde diferentes posiciones: la política gubernamental, el centrismo, la derecha civilizada o la promoción de un gobierno de concentración. La trayectoria de Areilza durante la Transición es la historia de un reformista atrapado en el laberinto de sus ambiciones, recorrido desde un cierto posibilismo que lo acabaría atrapando y condenando a un eterno segundo plano. El objetivo de este artículo es rescatar la trayectoria de este reformista perdido de la Transición

para comprender su singular figura y trazar un breve retrato biográfico que ayude a comprender sus estrategias y movimientos durante el cambio político.

Una difícil trayectoria hacia la senda reformista

José María de Areilza nació en Portugalete en 1909. Tras estudiar ingeniería industrial y derecho, con la llegada de la Segunda República inició su carrera política en las filas reaccionarias monárquicas de Renovación Española, con la cual se presentó, sin éxito, como candidato por Vizcaya en las elecciones de 1933 y 1936. No obstante, también participó en la fundación de las JONS y promovió los primeros contactos entre Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera. Desde tales inclinaciones ideológicas, resulta lógico que, al producirse el Golpe de Estado de 1936 contra la legalidad republicana, quedara alineado con una España franquista en la que muy pronto desempeñó diversos cargos, como el de alcalde de Bilbao, director general de Industria o procurador en Cortes (Areilza, 1992). Sin embargo, sus puestos más relevantes fueron como embajador en Argentina (1947-1950), firmando el Protocolo Franco-Perón; en Estados Unidos (1954-1960), siendo uno de los principales responsables del ingreso en la ONU; y en Francia (1960-1964), iniciando las negociaciones para la incorporación española al Mercado Común (Guerrero, 2018). Fue a la sombra de su contacto con la realidad de países democráticos cuando Areilza inició una lenta adopción de principios liberales, por lo que en 1962 escribió a Franco para demandar una liberalización en el ámbito político similar a la iniciada en el terreno económico. Sus crecientes discrepancias con el régimen, unido al conocimiento por parte de las autoridades franquistas de sus contactos con ciertos exiliados, provocaron en 1964 su cese-dimisión en las labores diplomáticas².

Desplazado de los círculos oficiales, Areilza pasó a propugnar una «evolución pacífica y democrática» que, desde 1966, realizó al frente del Secretariado Político de Don Juan, liderando el movimiento monárquico hasta la disolución de dicho organismo en 1969, cuando Franco nombró a Juan Carlos de Borbón como su sucesor (Areilza, 1985). Situado en una abierta disidencia, aunque Areilza reconocía los éxitos económicos del régimen lamentaba que no se hubiera seguido dicha apertura en el terreno político y que no se hubiera promovido una reconciliación de las dos Españas, con una dictadura que, opinaba, habría mantenido «ese clima de división de los españoles como técnica de duración en el poder» (Gironella y Borrás, 1979: 77). Promotor de una

2. Archivo General de la Administración, Ministerio de Información y Turismo, Cultura [AGAMIT-C], Dossier sobre José María de Areilza, caja 08802, carp. 1.

democratización desde «una derecha moderna, civilizada, abierta y democrática», difundió tales ideas a través de conferencias, reuniones o artículos en los que se atrevió a replicar a Ginés de Buitrago, seudónimo bajo el cual se encontraba el almirante Luis Carrero Blanco³. Incluso promovió ante reconocidos visitantes extranjeros una democratización que le valieron sustanciosas multas y la retirada del pasaporte. Con el tiempo, Areilza fue consciente de que la transformación del país inevitablemente pasaría por una vía reformista, por lo que se acercó a la figura del joven príncipe y se convirtió en una de las personalidades más destacadas del reformismo.

Durante los últimos tiempos del franquismo, Areilza gozó de un generalizado reconocimiento por parte de reformistas procedentes del régimen, pero también por militantes de las filas antifranquistas, con quienes se mantuvo en constante diálogo. El mundo diplomático presente en España fue pronto consciente de su proyección y de su proximidad al futuro monarca, convirtiéndole en un constante interlocutor. Relevantes fueron sus conversaciones con el embajador estadounidense, Wells Stabler, al cual trató de convencer de apoyar su candidatura a la presidencia del Gobierno para el momento en que se produjera la muerte de Franco (Powell, 2011). Desde las filas reformistas se convirtió, en julio de 1975, en uno de los fundadores de FEDISA, cuyo nombre oficial era Federación de Estudios Independientes, aunque en realidad sus siglas significaban Federación Democrática Independiente (Palomares, 2006). Dicha plataforma aglutinó a diversas personalidades dispuestas a promover una reforma que permitiera que España se convirtiera en una democracia homóloga a las existentes en la Europa occidental. En esta coyuntura, Franco murió el 20 de noviembre de 1975. Tras la muerte del dictador, Areilza organizó una reunión con la otra figura más destacada del reformismo, Manuel Fraga. Según este, el motivo de aquel encuentro era el propósito de Areilza de ofrecerle «un acuerdo que evitara competencias inútiles y destructoras» pues, convencido de que uno de ellos capitanearía la reforma, le ofreció que «él aceptaría mi jefatura, en segundo, y me ofrecía lo mismo, en caso de ser él el designado» (Fraga, 1987: 16). Areilza comenzaba a preparar su jugada política ante el inicio del cambio.

Ministro de Asuntos Exteriores en el primer gobierno de la monarquía

Sorpresivamente, después de que Juan Carlos jurara su cargo como rey, no se produjo el esperado cambio en la Presidencia del Gobierno, manteniendo en dicho puesto a Carlos Arias Navarro. Sin embargo, el monarca le instó

3. AGAMIT-C, Dossier sobre José María de Areilza, caja 08802, carp. 1.

a nombrar como ministros a reconocidos reformistas, como Manuel Fraga, Antonio Garrigues o José María de Areilza. Cuando el 13 de diciembre de 1975 el nuevo gobierno juró sus cargos, Areilza asumió la cartera de Asuntos Exteriores, aunque desde muy pronto el rey le recomendó que no se inhibiera de la política interior. Durante los siete meses que duró su etapa ministerial, Areilza desplegó una intensa actividad en la que simultaneó las labores propias de su departamento con la actuación sobre la realidad interna de un país que comenzaba su transición. Según recordaría su entonces subsecretario, Marcelino Oreja,

«Areilza era un ministro singular y distinto al corte clásico del titular de Exteriores que suele pasar horas y horas en el ministerio. Él no. Se levantaba muy temprano, escribía un diario entre seis y ocho de la mañana, preparaba su jornada y llegaba al ministerio. Despachaba los asuntos más urgentes, le informaba de los telegramas importantes y luego recibía a un par de embajadores. Hacia las doce se iba a su despacho particular en la Plaza de la Lealtad, donde se reunía con gente. Comía muy temprano y volvía al Ministerio un par de horas, para marcharse alrededor de las seis» (Oreja, 2011: 132).

Areilza continuó desarrollando una intensa actuación en favor de la democratización del país, la cual le valió la enemistad de un búnker que, desde hacía tiempo, le concebía como un traidor. Incluso Mariano Sánchez Covisa, líder de los Guerrilleros de Cristo Rey, llegó a denunciarlo por ofensas al Movimiento Nacional⁴. A finales de diciembre, apenas unas semanas después de acceder al cargo, Areilza organizó una reunión con Fraga (vicepresidente y ministro de Gobernación) y Garrigues (ministro de Justicia) para consensuar un programa de reformas con el que presionar a Arias, sugiriendo la formación de una comisión que elaborase una nueva Constitución, propuesta que fue rechazada por el presidente (Tusell y García, 2003). Al final se impuso el modelo teorizado por Fraga, basado en una serie de reformas parciales y graduales sobre las diferentes Leyes Fundamentales, las cuales fueron debatidas en una Comisión Mixta formada por miembros del Consejo Nacional del Movimiento y representantes del Gobierno, entre los cuales figuró Areilza (Sánchez-Prieto y Zafra, 2016). Este no tardó en lamentar las constantes concesiones al pasado realizadas en unas reuniones en las que todo giraba en «calcular cómo impedir que la derecha pierda nunca el poder» (Areilza, 1977: 151). Cansado de los recortes al programa de reformas, Areilza indicó tajante que «el sistema democrático tiene sus normas y sus principios universales y, que o vamos a ellos o que lo dejemos, porque ni dentro ni fuera obtendrá la Monarquía credibilidad con parches y

4. *Pueblo*, 31-3-1976.

medias tintas» (Areilza, 1977: 137). Como comenzó a exponer con claridad ante la prensa, era necesario un programa más avanzado que garantizara que, antes de acabar el año, se hubieran realizado elecciones libres, reconocido el hecho regional y aprobado una amnistía por la cual no quedara en la cárcel ningún preso político⁵.

Sus esperanzas por alcanzar una auténtica reforma chocaron con constantes decepciones. En su opinión, las principales instituciones permanecían ancladas en el franquismo, pues si el Consejo Nacional le pareció un «museo de cera de gentes embalsamadas para la posteridad», las Cortes consideraba que estaban dominadas por un búnker a cuyos miembros «se les nota incómodos, con sonrisa de conejo forzada» (Areilza, 1977: 55 y 37). La situación en el seno del Gobierno la percibía igualmente decepcionante, con unos consejos de ministros «largos y farragosos» en que debatían sobre temas burocráticos mientras postergaban a un segundo plano «el problema político de fondo, el de que el Gobierno tenga un programa propio y no pierda la iniciativa» (Areilza, 1977: 30). De todo ello responsabilizaba a Carlos Arias Navarro, a quien consideraba «anclado en las coordenadas de que Franco lo vigila, lo sujeta, lo desprecia y lo amenaza» (Areilza: 1977: 76). Según le indicó al embajador Stabler en una reunión celebrada en marzo, su decepción con Arias le había llevado a aconsejar al monarca que lo sustituyera, no pasando desapercibido para su interlocutor que, en realidad, soñaba con reemplazarlo (Powell, 2011). Ante la crisis de la reforma, Areilza depositó toda su confianza en la monarquía y en la figura de Juan Carlos I. Según declaró a finales de abril, cuando recibió el Premio Godó:

«El rey de España es un rey para todos. A él pueden y deben acudir cuantos ciudadanos buscan amparo y justicia o garantías para su libertad o esperanza para sus aspiraciones. [...] El rey, con su mensaje, con sus palabras, con su presencia, es el motor del cambio, el espíritu que anima la evolución pacífica y legal de nuestra comunidad hacia metas más altas de convivencia ciudadana»⁶.

Cada vez más consciente de que la caída de Arias era inevitable, Areilza comenzó a trazar una estrategia reformista alternativa en que resultaba fundamental entablar diálogo con la oposición. Durante la primavera de 1976 se reunió con democristianos como Joaquín Ruiz-Giménez y José María Gil-Robles, liberales como su yerno Joaquín Garrigues Walker, socialistas como Enrique Tierno Galván, nacionalistas catalanes como Jordi Pujol y Josep Andreu, o nacionalistas vascos como Juan de Ajuriaguerra y Javier Arzalluz. También se mantuvo

5. *Informaciones*, 20-2-1976.

6. AGAMIT-C, Dossier sobre José María de Areilza, caja 08802, carp. 1.

en contacto con Pedro Sainz Rodríguez y los círculos monárquicos juanistas de cara a negociar una renuncia de don Juan a sus derechos sucesorios en la figura de su hijo. Se convirtió así en un interlocutor especialmente valioso para la oposición, aunque toda conversación se gestionó al margen del presidente y en tensión con varios compañeros del Gobierno, incluido Fraga, con quien mantuvo especiales discrepancias cuando este decidió detener a varios representantes de la oposición tras la creación de Coordinación Democrática (Preston, 2012). Para Areilza comenzaba a ser evidente que la reforma solo podía encauzarse a través de un pacto con la oposición, y a ello llamó de forma pública durante un coloquio en el Club Siglo XXI en el mes de mayo⁷.

Su actividad en el interior era simultánea con la que en el exterior le obligaban sus competencias ministeriales. Entre sus principales responsabilidades departamentales se encontraba la cuestión de la descolonización del Sáhara, tema que tras discrepancias con Marruecos decidió delegar en su subsecretario (Gil Pecharromán, 2008). Su auténtica labor se centró en trabajar en el ámbito internacional en favor de la monarquía, la reforma y, de algún modo, su proyección personal y sus opciones de futuro. Estas labores fueron asumidas desde su primer viaje al exterior, cuando el 16 de diciembre de 1975 acudió a París a la Conferencia sobre Cooperación Económica Internacional y se reunió con personalidades como Henry Kissinger (secretario de Estado norteamericano), Kurt Waldheim (secretario de la OTAN) y François-Xavier Ortoli (presidente de la Comisión Europea), ante quienes promovió el proceso de cambio que se iniciaría bajo el reinado de Juan Carlos I. Ese mismo mensaje trató de transmitir entonces durante una rueda de prensa con periodistas de todo el mundo en la que garantizó la democratización de España. Preguntado sobre el reconocimiento de la oposición y la regularización de la situación del dirigente comunista Santiago Carrillo, aseguró que este era «un ciudadano español como los demás y cuando pida su pasaporte se le aplicarán las normas habituales sin ninguna clase de discriminación», declaraciones que provocaron una airada protesta desde las Cortes franquistas⁸.

Durante los meses posteriores a su llegada a la cartera se dedicó, principalmente, a vender esa vía reformista en el extranjero, siempre desde una visión más optimista de lo que esta resultaba en realidad. Para esta labor, visitó las capitales de los nueve países miembros de la Comunidad Económica Europea, donde presentó un programa que, les confiaba, permitiría que España ingresara en el Mercado Común. En todos ellos encontró una general comprensión ante

7. ABC, 11-5-1976.

8. ABC, 18-12-1975; ABC, 20-12-1975.

el modelo reformista, aunque esta varió entre la abierta simpatía mostrada en Alemania y las mayores suspicacias británicas, en cuyo ánimo pesaban las reivindicaciones realizadas por el ministro sobre la soberanía española de Gibraltar⁹. Pese a todo, el apoyo recibido por Areilza fue generalizado en las principales cancillerías europeas, que vieron en él a un hombre con grandes opciones de futuro. De forma paralela, también trató de normalizar la situación española en el contexto internacional, estableciendo los primeros contactos con Israel y con la Unión Soviética. Sin embargo, su principal atención se dirigió hacia El Vaticano, pues las relaciones se habían enturbiado durante la etapa de Arias. Areilza asumió la misión de alcanzar un entendimiento que allanara el camino hacia una revisión del Concordato y permitiera una separación Iglesia-Estado que garantizara la aconfesionalidad. Las reuniones establecidas por Areilza y Garrigues con el nuncio Luigi Dadaglio y con el cardenal Vicente Enrique y Tarancón permitieron alcanzar un primer acuerdo. Según este, se pondría fin al fuero eclesiástico mientras que el Estado renunciaba a la presentación de obispos, una orientación que contó con el refrendo del Papa Pablo VI durante el encuentro mantenido con Areilza en abril. Sin embargo, Arias se negó a firmar aquel pacto. De esta forma, ese avance solo pudo materializarse una vez que Arias cayó del Gobierno (Martín de Santa Olalla, 2004).

El gran éxito capitalizado por Areilza durante su labor ministerial fueron las negociaciones con los Estados Unidos, en virtud de las cuales fue posible elevar los acuerdos entre ambos países al rango de Tratado. Los primeros pasos se dieron durante la visita de Kissinger a España a finales de enero, momento en el que Areilza aprovechó para transmitir a su homólogo estadounidense el propósito español de evolucionar hacia fórmulas democráticas basadas en el respeto de las libertades y derechos humanos. Generada entre ambos una mutua simpatía, el camino hacia el Tratado quedó consolidado cuando, en el mes de junio, Areilza acompañó a Juan Carlos I en su visita a los Estados Unidos, momento en el que consideró que la monarquía española había sido aceptada ante el foro democrático más importante del mundo (Powell, 2007). Areilza sintió entonces que su viaje a Estados Unidos le beneficiaría ante la creciente debilidad de Arias, aunque tanto Kissinger como el presidente Gerald Ford quedaron impresionados por la cierta soberbia con la que el conde de Motrico actuaba sobre el monarca. Esa confianza en sí mismo acabaría desplazándolo en las quinielas del rey ante su rechazo a contar con alguien que parecía dispuesto a tutorizarlo (Powell, 2011; Vilallonga, 2003).

9. AGAMIT-C, Dossier sobre José María de Areilza, caja 08802, carp. 1.

La caída de Arias no tardó en producirse. Aunque las Cortes franquistas aprobaron la Ley de Reunión y la Ley de Asociaciones, el programa gubernamental acabó atascándose con motivo de la reforma del Código Penal. En esta coyuntura, Areilza apuntó que «Arias no puede seguir. Llevaría rápidamente a la monarquía a un callejón con salida: la de un Gobierno militar con o sin Fraga. Hay que tener el valor de enfrentarse con la situación. El rey tiene que asumir la responsabilidad del cambio» (Areilza, 1977: 145). El 1 de julio de 1976, durante una presentación de cartas diplomáticas, el rey deslizó a Areilza sus propósitos de cesar a Arias. Esto se cumplió ese mismo día. El hecho de ser depositario de tales intenciones despertó en Areilza las esperanzas de ser nombrado jefe de Gobierno, misma sospecha que debió de tener Arias, quien durante el consejo de ministros celebrado aquella tarde le reprochó: «¡Tú ya lo sabías! Y sabrás por qué...» (Areilza, 1977: 215). Todos, incluido Areilza, confiaban en que había llegado su momento.

El hombre que quiso liderar el centro

Tras la caída de Arias, Areilza comenzó a preparar un nuevo gobierno en el que figuraban nombres como los de Antonio Garrigues, Marcelino Oreja o Pío Cabanillas. Sin embargo, el 3 de julio se hizo público que el nuevo presidente sería Adolfo Suárez. Con una decepción personal que se sumaba, de algún modo, a una decepción generalizada, Areilza rechazó continuar en el gobierno. Su sustituto en la cartera de Exteriores sería su hasta entonces subsecretario, Marcelino Oreja, quien le pidió contar con su aprobación para asumir el cargo, la cual recibió no sin la advertencia de que aquel gobierno sería un desastre y no duraría mucho (Oreja, 2011). Convencido de tal idea, parece que Areilza intentó que el rey se retractara de su decisión y pidió a destacados reformistas que firmaran una carta colectiva instándole a ello, pero esta no llegó a realizarse (Fraga, 1987: 53). Aunque el nuevo ejecutivo pronto comenzó a caminar, convencido de su escaso recorrido, Areilza inició una campaña de promoción personal con la cual trató de convencer a los representantes de la oposición de que solo él podría asumir la dirección del país cuando se produjera el inevitable fracaso de Suárez. A los contactos que venía manteniendo desde su etapa ministerial, sumó a Felipe González e, incluso, a Santiago Carrillo¹⁰. Paralelamente, comenzó a tratar de vertebrar un núcleo de personas en torno a un futuro partido de centro reformista que permitiera preparar los cuadros necesarios que sirvieran de reemplazo al gobierno de Suárez.

10. *Informaciones*, 4-8-1976.

Sus primeros contactos para formar un posible partido de centro habían tenido lugar ya durante la primavera, cuando el comité organizador de un incipiente Partido Popular acudió ante él para presentarle su proyecto. Sin embargo, por entonces Areilza consideró que «no hay garra, ni tampoco contacto popular. Falta liderazgo y sobran prejuicios» (Areilza, 1977: 201). La idea se retomó durante el verano, cuando el 16 de agosto se reunieron Fraga, Cabanillas y Areilza para abordar la posibilidad de unirse en torno a un grupo de centro que contaría con amplias opciones de atraer a un «franquismo sociológico» que deseaba evolucionar hacia una auténtica democracia, pero sin riesgos ni desórdenes. Areilza planteó un programa basado en promover un proceso constituyente, desarrollar un programa de saneamiento económico, legalizar el pluralismo político y sindical, y realizar un reconocimiento del hecho regional, todo ello desde un compromiso nacional del que Fraga pedía excluir al Partido Comunista, algo que Areilza rechazó (Powell, 1997). Con el acuerdo de reunirse de nuevo en el mes de septiembre, Areilza preparó el borrador de un «Programa común para la democracia» basado en la formulación de un proceso constituyente, precedido de un referéndum prospectivo, y seguido de una serie de decretos-leyes que desmontarían y neutralizarían el aparato franquista para que las elecciones fueran realmente libres. En su opinión, se trataba de «un programa moderado y realista, coherente y viable» con el que conseguir el apoyo del reformismo y la oposición democrática (Areilza, 1983: 46-47). El 13 de septiembre celebró una nueva reunión con Cabanillas y Fraga en la que se constató la diferencia de pareceres. Tras el verano y la propuesta de Ley para la Reforma Política trazada por el Consejo de Ministros, Cabanillas estaba convencido de la resistencia de Suárez y planteó crear un proyecto de centro próximo al Gobierno. Por su parte, Fraga defendió la necesidad de configurar un gran partido conservador en el que también debieran de estar personalidades como Federico Silva, Cruz Martínez Esteruelas o Laureano López Rodó, todos ellos exministros de Franco con un talante menos liberal que el de sus compañeros (Areilza, 1983: 42-43). Incapaces de alcanzar un acuerdo, Fraga optó por crear una Alianza Popular (AP) que no tardó en representar a la derecha neofranquista, mientras que Cabanillas quedó alineado con ese centrismo vertebrado en torno al Partido Popular (PP). Areilza se mantuvo expectante y continuó trabajando en su programa, aunque no tardó en ser igualmente consciente de que Suárez no caería, por lo que contactó con Cabanillas y decidió sumarse al proyecto de ese naciente PP que podía suponer una alternativa con grandes opciones para el momento en que se convocaran unas elecciones en las que, esperaba, Suárez no se presentaría.

Durante el mes de octubre, Areilza publicó una serie de artículos en *El País* basados en el borrador de su viejo programa, bajo los títulos: «Traer la democracia», «Las garantías electorales», «Salir de la crisis económica», «Liquidar la corrupción», «Los objetivos nacionales» y «Reconciliar a los pueblos de España». Según Areilza, su intención era «crear con ello un clima de expectativa que preceda al lanzamiento del Partido Popular» (Areilza, 1983: 54). El 4 de noviembre, Areilza organizó una reunión a la que asistieron destacadas figuras del PP como Pío Cabanillas, José Luis Álvarez, Juan Antonio Ortega y Manuel Fraile, con quienes preparó un acto de presentación pública del partido que tuvo lugar el 10 de noviembre. Al poco tiempo, se eligió una comisión para que las personalidades más destacadas capitanearan el grupo hasta la celebración de su primer congreso, la cual estuvo formada por Cabanillas, Álvarez, Ortega y Areilza, ya situado en una posición prominente. Incluso comenzaron a surgir ciertos rumores, según los cuáles, el PP habría iniciado negociaciones con otros grupos de la oposición moderada para crear una gran coalición de centro bajo la denominación de Bloque Democrático que, se especulaba, lideraría Areilza¹¹.

El conde de Motrico había recobrado su prestigio y, a finales de noviembre, fue recibido tanto por el rey como por el presidente para conocer su posición y la del PP ante el inminente referéndum sobre la Ley para la Reforma Política. Su renovada proyección se hizo evidente cuando el 1 de diciembre se celebró un amplio acto público del PP en el que se presentó, ante un auditorio con más de 1.500 personas, el manifiesto político de una formación que, desde la prensa, ya era denominada «el partido de Areilza»¹². En dicho manifiesto se prometía la consolidación de un sistema democrático, el reconocimiento de los derechos humanos, el ingreso en el Mercado Común, la defensa de las autonomías regionales y la legalización de todos los partidos (Magaldi, 2021a: 22-23). Dada su resonancia, Areilza fue invitado a participar y dar a conocer su opinión en los espacios televisivos emitidos durante la campaña del referéndum. Durante su intervención, pidió un voto favorable en una consulta que definió como la «llave para la democracia», puesto que permitiría «el final de una época, es un gran hito que marca la línea divisoria entre dos épocas»¹³. Tras acudir a votar, el éxito conseguido por la reforma en el referéndum del 15 de diciembre de 1976 allanó el camino hacia la democracia. Areilza declaró su satisfacción con un resultado que «abre una nueva era en España. Las elecciones generales que convocará el Gobierno para dentro de unos meses normalizarán nuestra

11. ABC, 4-11-1976.

12. *Diario 16*, 2-12-1976.

13. *Arriba*, 9-12-1976.

convivencia futura, devolviendo la soberanía al pueblo»¹⁴. Ante la inminencia de las urnas, Areilza comenzó a preparar su estrategia electoral.

En enero de 1977, el Partido Popular se convirtió en el núcleo en torno al cual se vertebró la coalición Centro Democrático, en la que se integraron numerosas formaciones de signo democristiano, liberal y socialdemócrata (Hopkin, 2000). Los días 5 y 6 de febrero, el PP celebró su primer congreso que, de forma simultánea, trató de ser una presentación pública del Centro Democrático. Areilza, quien proclamó la ilusión y esperanza que representaba aquel proyecto, fue recibido por los asistentes con constantes aplausos y vítores. Todo parecía encauzado para que fuera designado presidente del PP, pero sus intenciones sufrieron un inesperado revés. Pío Cabanillas le informó de que se habían recibido directrices desde el Gobierno para que no fuera elegido como líder. Desde el ejecutivo ya se pretendía desplazar a todo aquel que pudiera convertirse en una hipotética amenaza a un futurible liderazgo de Suárez sobre el centro, algo que podía ocurrir si Areilza se hacía con el dominio del PP. Para el Gobierno, el cargo de presidente debía recaer en alguien menos «peligroso» dispuesto a plegarse a sus intereses, como era Cabanillas. Resignado, Areilza asumió dicha situación siendo desplazado a una vicepresidencia compartida con Emilio Attard, mientras que el liderazgo de la formación fue asumido por Cabanillas (Alonso-Castrillo, 1996: 166).

Pese a dicho revés, Areilza se mostró dispuesto a lanzar un órdago al Gobierno y protagonizó diversos actos por todo España en los cuales demandó al ejecutivo limpieza y transparencia en los futuros comicios. El momento cumbre de su escalada llegó durante un acto celebrado el 12 de marzo en Ávila, tierra natal de Suárez. Ese día, Areilza se manifestó en términos muy duros y pidió que el ejecutivo se inhibiera en las elecciones y garantizara la imparcialidad de las instituciones, pues, de lo contrario, «las elecciones no serán válidas»¹⁵. Suárez, intranquilo, transmitió al vicepresidente Alfonso Osorio sus sospechas de que Areilza estuviera tratando de convertirse en «una alternativa de poder más que una opción de apoyo al Gobierno», por lo que le pidió que transmitiera a los hombres del Centro Democrático la necesidad de desplazar a Areilza si deseaban contar con su apoyo (Osorio, 1980: 301). El 19 de marzo, Osorio aprovechó un encuentro informal con varios miembros del Centro Democrático para transmitir dicha petición. Estos acabaron plegándose conscientes de la importancia de contar con Suárez. Cuando Areilza tuvo conocimiento de la situación trató de convencer a sus compañeros de que

14. *El País*, 16-12-1976.

15. *Informaciones*, 14-3-1977.

«yo ni he tenido ni tengo ninguna intención de convertirme en alternativa de poder frente a Suárez» (Areilza, 1983: 110-112). Sin embargo, sus opciones parecían truncarse de nuevo. El día 22, Areilza y Cabanillas fueron invitados a Presidencia del Gobierno por Suárez, quien trató de marcar distancias con las palabras de Osorio pero expuso sus intenciones de capitanear el centro y los problemas que podían surgir ante una posible bicefalia. A la salida de aquel acto, Areilza fue consciente de que todo se había resumido en torno a la idea: «o te sometes o te vas» (Areilza, 1992: 242). Dos días después, Areilza presentó su dimisión al comité directivo del PP y se alejó de un Centro Democrático muy pronto rebautizado como Unión de Centro Democrático (UCD) cuando Suárez apareció, oficialmente, como su candidato para las elecciones.

Suárez había vuelto a desplazarlo. Si primero sentía que le había arrebatado la Presidencia del Gobierno, ahora sentía que le había arrebatado un centro del que se consideraba uno de los mentores. Desplazado del escenario electoral, Areilza recibió la oferta de sumarse como candidato por Madrid a la plataforma Senadores para la Democracia formada por diferentes grupos opositores de origen antifranquista (Ramírez, 1977). Aunque no se incorporó, durante las elecciones hizo campaña en favor de esa candidatura frente a UCD y AP, a las cuales definió como «las dos alas del franquismo que se entienden por debajo perfectamente a pesar de las aparentes batallas que riñen en la superficie y que harán todo lo posible para que las próximas Cortes no sean constituyentes ni soberanas»¹⁶. En su opinión, el gran adversario era Suárez, que «dispone de todos los resortes del posfranquismo y los está utilizando»¹⁷. Cuando el 15 de junio de 1977 se celebraron las elecciones, no tardó en achacar el triunfo de Suárez a dicha realidad. Relegado de la primera línea política, Areilza apuntó que se trataba de una ausencia temporal, pues «cuando llegue el momento sabré tener el coraje necesario para salir de nuevo a la palestra»¹⁸. El conde se encontraba preparando su próxima jugada.

A la busca de la «derecha civilizada»

Durante el verano de 1977, Areilza permaneció a la espera envuelto en constantes rumores que especulaban desde su posible candidatura a la alcaldía de Madrid por el PSOE, hasta sus contactos para vertebrar una alternativa de signo liberal. Pese a su postergación, los mentideros políticos estaban repletos de especulaciones sobre su presunta reaparición en la escena política. Por el

16. *El País*, 28-5-1977.

17. *El País*, 11-6-1977.

18. *Ídem*.

momento, este se mantuvo como un mero analista que, sin embargo, aprovechaba cada oportunidad para promocionar su figura, utilizando desde la presentación de su libro de memorias sobre el primer gobierno de la monarquía, hasta su participación en el Club Siglo XXI con la significativa ponencia «Un programa de Gobierno»¹⁹. Areilza comenzaba a realizar crecientes críticas al ejecutivo presidido por Suárez, y si por un lado le reprochaba que «hay un sospechoso período de hibernación de la Constitución» –al tramitarse de una forma excesivamente lenta–, por otro lado, lamentaba que «con el pacto de la Moncloa ha desaparecido el Gobierno, ha aparecido el supragobierno y ha sido congelado el Parlamento»²⁰. Durante una conferencia pronunciada el 20 de diciembre criticó con dureza a la UCD y su gobierno, que carecerían de «un proyecto global de Estado democrático capaz de sustituir al que desaparecía», no tardando en promover su figura al frente de una alternativa de derecha liberal. Como indicaba el ABC, parecía que, al fin, podía llegar «la hora de Areilza»²¹.

Desde octubre de 1977, diversas formaciones de signo liberal se habían unido en torno a la Federación Liberal, que en diciembre de ese año le ofreció a Areilza el liderazgo de su agrupación. Este no tardó en asumir el control sobre un grupo que, en enero de 1978, se unificó en un partido político bajo el nombre de Acción Ciudadana Liberal (ACL) (Goti, 2021). Dicha agrupación decía nacer para representar a una derecha liberal favorable a una reforma modernizadora del Estado, una política europeísta, la defensa de la monarquía constitucional y el reconocimiento de las peculiaridades regionales (Magaldi, 2021b). A ella logró atraer a reconocidas figuras como Antonio de Senillosa, Eduardo Sotillos o Mercedes Formica. Según el propio Areilza, ACL se trataba de «una idea clara dentro de la confusión» creada por el eclecticismo ideológico de la formación gobernante. Su propósito era vertebrar el espacio de una «derecha civilizada» abandonado por Suárez y que, estimaba, contaría con amplias opciones. A dicho cometido logró atraer a los otros dos grandes perdedores del centrismo suarista: Manuel Fraga –cuya AP trataba de moderar alejándose de su inicial tinte neofranquista– y Alfonso Osorio –quien había roto con Suárez ante una UCD que consideraba excesivamente inclinada hacia el centro-izquierda– (Powell, 2013). Tras diversas conversaciones, los tres hombres comenzaron a negociar la creación de un espacio de centro-derecha alternativo a una UCD que Areilza percibía como un partido «sin grandes

19. *Pueblo*, 24-9-1977

20. *Ya*, 27-10-1977.

21. *ABC*, 20-12-1977.

ideales y con poco convencimiento de lo que defiende»²². Según aseguró durante un acto de ACL, su propósito era «ocupar el espacio que nos deja libre el propio Gobierno»²³. Sin embargo, su estrategia generó discrepancias en el seno de su partido ante las dudas a unirse con una AP dividida respecto a su apoyo a la Constitución, mientras que ACL había emitido un manifiesto de apoyo público al nuevo texto constitucional²⁴. Pese a tales diferencias, Areilza era consciente de la debilidad de su grupo y la necesidad de unirse a Fraga, lo que en septiembre de 1978 provocó que varios miembros de su partido le abandonaran.

El 14 de noviembre, Areilza decidió convocar en su casa de Aravaca a Fraga y Osorio con la intención de presentar públicamente su proyecto. El bautizado por la prensa como «Pacto de Aravaca» logró sellarse con gran resonancia, aunque en contra de los deseos de Areilza y Osorio no fue bajo la forma de un nuevo partido, sino en torno a una confederación que muy pronto pasó a conocerse como Coalición Democrática (Gil Pecharromán: 2019). El problema para aquel proyecto llegó cuando, tras la aprobación de la Constitución en el referéndum del 6 de diciembre, Suárez adelantó las elecciones para el 1 de marzo de 1979. Aquella alternativa de «derecha civilizada» todavía se encontraba en situación embrionaria, ante lo cual Areilza hizo un intento a la desesperada de formar una alianza con UCD, puesto que «la hora es demasiado grave como para perderla en polémicas estériles»²⁵. Su oferta fue rechazada por un centrismo consciente de los intereses y ambiciones del conde de Motrico. Pronosticadas las dificultades de su candidatura, los sectores financieros se negaron a darles apoyo económico a no ser que alcanzaran un gran pacto al que también habrían de sumar a sectores situados a su derecha. Esta realidad obligó a que Areilza tuviera que negociar, para maximizar las opciones de Coalición Democrática, con Federico Silva y Raimundo Fernández-Cuesta, representantes de una derecha opuesta a la Constitución e, incluso en algún caso, a todo lo que había supuesto el proceso de reforma política (Ramírez, 1979). Areilza ofreció un mero reparto de provincias que no conllevara ningún tipo de unidad o coalición, pero el rechazo de sus interlocutores llevó a que Coalición Democrática asumiera el riesgo de presentarse en solitario a las elecciones. En las listas electorales, Areilza apareció como número 2 en una candidatura por Madrid que encabezó Fraga.

22. *El País*, 14-4-1978

23. *ABC*, 7-3-1978.

24. *El País*, 26-7-1978

25. *ABC*, 3-1-1979.

Iniciada la campaña, Areilza izó la bandera de la confrontación y llamó a apoyar a Coalición Democrática para poner fin al «bienio de la frivolidad» durante el cual UCD habría gobernado de acuerdo con los intereses de la izquierda²⁶. A través de numerosos actos pidió el voto a su proyecto de centro-derecha para escapar del posible «contubernio o consenso institucionalizado» en el que UCD aprovecharía «los votos de la derecha para que entre en el gobierno el PSOE, lo cual no constituye más que una entrega barata de su acceso al poder con los votos de la derecha. Nunca tan pocos han sido tan desleales a tantos»²⁷. Areilza trató de movilizar un voto de miedo a una posible victoria de una izquierda colectivista desde una retórica que parecía alejarle de ese espacio moderado que reivindicaba. Para escapar de los riesgos de una política marxista, apuntó que la única opción era votar a una Coalición Democrática que actuaría como «ángel de la guarda de UCD»²⁸. Para ese cometido llamaba a un apoyo masivo del electorado, convencido de que «sacaremos millones de votos y decenas de escaños»²⁹. La campaña se cerró con unos espacios televisivos en los que aparecieron Osorio, Areilza y Fraga como las tres grandes figuras de la nueva alternativa del centro-derecha. El problema llegó cuando Suárez, en el mensaje de UCD, ante unas encuestas que pronosticaban una victoria del PSOE, hizo suya una llamada al miedo alarmando de las derivas colectivistas y autogestionarias de un socialismo todavía situado en coordenadas marxistas. En el último momento, Suárez usó parte del discurso con el que había sido atacado por Areilza, apelando a un voto útil que otorgó a UCD una nueva victoria en la que los grandes perjudicados fueron los hombres del Pacto de Aravaca, que tan solo consiguieron 9 diputados (Baón, 2001). Areilza sería uno de ellos, llegando al Congreso de los Diputados en una situación más débil de la que había esperado.

Las últimas «intrigas» desde el escaño

El mal resultado de Coalición Democrática perjudicó a las aspiraciones de Areilza. De los 9 diputados conseguidos, 6 pertenecían a la Alianza Popular de Fraga, 2 a las Acción Ciudadana Liberal de Areilza y 1 al Partido Demócrata Progresista de Osorio. Ante esta realidad, los aliancistas trataron de imponerse en el seno de la coalición, motivo que llevó a que Areilza y Osorio formaran un comité de enlace para tratar una posible unión de sus formaciones que les

26. ABC, 8-2-1979.

27. ABC, 12-2-1979.

28. *Diario 16*, 21-2-1979.

29. *El País*, 23-2-1979.

diera mayor fuerza, pero las deudas contraídas por ACL lo impidieron (Penella, 2005). Intentaron entonces buscar algún entendimiento con diputados de formaciones regionalistas de centro-derecha como Unión del Pueblo Navarro o el Partido Aragonés Regionalista, pero el pacto tampoco fue posible. Después de todas las jugadas, Areilza quedó condenado a ocupar un mero escaño en el seno de un grupo minoritario que lo relegaba y que, por entonces, actuaba como mera muleta de UCD.

Pese a su débil situación, Areilza era consciente de la importancia de mantener una imagen e identidad propia en el seno de la vida política, por lo que no tardó en erigirse en representante de un centro-derecha español que, sin embargo, hacía suyas gran parte de las reivindicaciones autonomistas de ciertas regiones, especialmente su País Vasco natal. Convirtiendo en seña de identidad un cierto neoforalismo españolista, Areilza desplegó durante el inicio de esa legislatura una intensa actividad en favor del Estatuto Vasco. Su posicionamiento tensó las relaciones con AP, despertando el rumor de que él y Senillosa –el otro diputado de ACL– abandonarían Coalición Democrática para pasar al grupo mixto. Aunque optaron por mantenerse en su grupo parlamentario, actuaron con una especial independencia que les permitió mostrar su apoyo al Estatuto Vasco y al Estatuto Catalán. Su preocupación por la realidad vasca llevó a que Areilza estableciera ciertos contactos con el entorno de ETA-militar a través de su brazo político, Herri Batasuna, para alcanzar un alto al fuego de cara al referéndum vasco. Para dicho propósito parece que llegó a contar con el apoyo del Gobierno, la directiva del PNV e, incluso, el propio monarca. Areilza se habría reunido en secreto con dirigentes de Herri Batasuna como Jokin Gorostidi y Telesforo Monzón, contactos que acabaron saliendo a la luz (Casanova, 2007). Areilza no tardó en negar haber tenido «contacto alguno ni mantenido ninguna negociación con ETA-militar, ni en nombre propio ni en representación de nadie»³⁰. Tras aquello, las negociaciones fueron diluyéndose.

Toda esa actividad había revelado que el conde seguía gozando de relevancia en la vida pública, la cual se evidenció durante la crisis político-económica de 1980, que sumió al país en una mezcla de desencanto y temor a un posible Golpe de Estado. Ante dichos miedos, comenzó a plantearse la necesidad de un gobierno de concentración alternativo a Suárez en el que, ya en la primavera, Santiago Carrillo lanzó el nombre de Areilza como posible presidente de ese gobierno de gestión³¹. El propio Areilza no tardó en hacerse eco de dicha posibilidad, aunque quien promocionó su nombre fue su compañero

30. *El País*, 9-9-1979.

31. *El País*, 23-4-1980.

Senillosa, que planteó la necesidad de un gobierno de coalición presidido por una personalidad consensuada mientras que Fraga y González permanecerían a la espera como alternativas al fin de ese gobierno (Navalón y Guerrero, 1987). El propio Areilza abogó por «un gobierno de gestión» situado por encima de los partidos, aunque eludió hacer difusión pública de su nombre. Ese gobierno se marcaría unas reformas muy concretas: encarrilar las autonomías –especialmente el problema vasco– y plantear un programa de saneamiento económico³². Su posible candidatura comenzó a difuminarse cuando, tras ser elegido como uno de los parlamentarios españoles del Consejo de Europa, su nombre empezó a propugnarse para la presidencia de su Asamblea. Aunque su candidatura fue promovida por el grupo conservador del Consejo de Europa, no tardó en recibir el apoyo de diversos círculos españoles dispuestos a enviarle a unas actividades que, obligatoriamente, le alejarían de la vida parlamentaria nacional. Al final, Areilza fue elegido presidente de la Asamblea del Consejo de Europa en mayo de 1981, accediendo al cargo en unos momentos en que su nombre ya se había desplazado de las quinielas políticas tras la llegada de Leopoldo Calvo-Sotelo a la presidencia.

En enero de 1981, todas las «conspiraciones» políticas parecieron difuminarse tras la dimisión de Suárez y la promoción de Calvo-Sotelo como su sucesor. Coalición Democrática se dividió ante su votación, pues mientras los aliancistas propugnaban la abstención, Areilza, Senillosa y Osorio eran partidarios de un voto favorable ante el contexto de crisis y la posibilidad de condicionar al nuevo presidente con su apoyo parlamentario (Bernáldez, 1985). Durante la primera votación el 20 de febrero, Fraga mostró un tono duro con el que Areilza discrepó abiertamente, pues «no me parece conveniente si tenemos el propósito de llegar a un pacto de centro-derecha para el Gobierno. A nadie se le ocurre atacar al otro cuando se está negociando»³³. Fue solo el 25 de febrero, tras las conmociones causadas por el fallido Golpe de Estado, cuando toda Coalición Democrática dio su apoyo a Calvo-Sotelo, que fue elegido presidente. Areilza muy pronto mostró su simpatía hacia el nuevo ejecutivo pese a alguna discrepancia puntual, como su voto contrario a la Ley de Defensa de la Constitución por el control que esta planteaba sobre los medios de comunicación en coyunturas extremas. A pesar de ello, declaró su abierta proximidad a Calvo-Sotelo, «primero, porque me parece la persona más idónea para mantener en este momento el sistema democrático y segundo, porque me parece que sus posiciones ideológicas están absolutamente cerca,

32. *ABC*, 26-8-1980.

33. *El País*, 20-2-1981.

y casi diría identificadas con las mías»³⁴. Areilza volvía a acercarse al centro ante la estrategia bipartidista iniciada por Fraga y González, dispuesto a regresar a un renovado centro tras el fin de la etapa suarista. Ya a comienzos de 1982 manifestó que «el presidente del Gobierno podrá disponer de mi voto en el Congreso de los Diputados» y, aunque por el momento permanecía en Coalición Democrática, advirtió que no repetiría dicha experiencia en próximos comicios³⁵. Fue en el mes de julio cuando, a petición de Calvo-Sotelo y ante los sucesivos abandonos sufridos por la formación centrista –incluido el del propio Suárez– decidió sumarse a las filas de UCD. Según declaró a la prensa, iniciaba esa nueva etapa convencido de que «sin el centro no habrá más mayoría que la socialista. El centro es necesario, pues éste asume como punto fundamental el entendimiento en defensa de la democracia, objetivo primordial por encima de cualquier partidismo»³⁶. Se trataba de una nueva aproximación a un centro en crisis en el que su personalidad, confesaba, podría representar una proyección simbólica. Cuando fueron convocadas elecciones para octubre de 1982, Areilza encabezó las listas de la provincia de Cantabria convencido de conseguir escaño, pero el resultado de UCD fue peor de lo esperado y vivió un hundimiento generalizado en todo el país.

El conde de Motrico no había conseguido escaño, lo que también suponía perder su representación en el Consejo de Europa y, por tanto, la presidencia de su Asamblea. En un último movimiento en busca de la supervivencia política, aprovechó la crisis de una UCD dividida entre democristianos y azules. Areilza se reunió con Rodolfo Martín Villa –figura destacada del sector azul, favorable a una refundación de UCD en clave centro-populista– para mostrarle su deseo de continuar en la Asamblea de Europa y pedirle que promoviera su nombre como senador por designación autonómica, algo que Martín Villa admitió a cambio de que Areilza aceptara convertirse en el líder de una UCD acorde con su proyecto. Tras alguna duda inicial, el conde de Motrico accedió a una petición de la que parecía que podría obtener una doble recompensa. Sin embargo, cuando los días 11 y 12 de diciembre de 1982 se celebró un Congreso Extraordinario de UCD, Areilza fue consciente de que, ante las divisiones existentes, la oferta parecía reducirse a actuar como mero «albacea testamentario», por lo que decidió abandonar el cónclave de una formación que no tardó en disolverse (Areilza, 1992).

Areilza había fallado en su último movimiento, perdiendo la representación en el Consejo de Europa, el acta parlamentaria y la posibilidad de contar con

34. *Diario 16*, 2-2-1982.

35. *El País*, 31-1-1982.

36. *ABC*, 24-10-1982.

un partido. El ya septuagenario conde parecía quedar desplazado de la política muy a su pesar. Todavía ante las elecciones de 1986 afirmó su intención de poner en marcha algún tipo de operación y anunció su vuelta a la política activa a pesar de sus años, «ya que me encuentro en la quinta de Reagan, Chernenko y Pertini»³⁷. Sin embargo, su tiempo en la política española había pasado y sus siempre ansiados deseos de alcanzar la presidencia nunca llegarían a cumplirse.

Conclusiones

Cuando en 1998 se produjo la muerte de José María de Areilza, la prensa reflejó el sentimiento generalizado de que había fallecido «un lujo de la política española». Areilza se trató de una de las figuras más relevantes del siglo XX y, en especial, de la Transición. Sin embargo, en los estudios historiográficos siempre ha permanecido diluido en el voluminoso marco prosopográfico de la época, por lo que carecemos de un acercamiento de corte biográfico interesado por analizar la trayectoria vital de tan singular personaje. Comprender su posicionamiento durante los años del cambio político, en los que se movió como un eterno candidato a la Presidencia de aspiraciones nunca cumplidas, ha sido el principal objetivo de este breve recorrido por la vida del conde de Motrico.

El ostracismo al que Areilza se vio condenado fue, curiosamente, fruto de su propia personalidad. A pesar de sus elevadas opciones fruto de su talante reformista y de su posicionamiento en torno a una derecha liberal, dialogante y democrática, otras condiciones de su personalidad anularon sus opciones. En primer lugar, pecó de una cierta vanidad que derivó en un exceso de confianza en sí mismo y un cierto sentimiento de superioridad que llevó a que pudiera ser percibido, simultáneamente, como alguien de valor, pero, también, como una figura incómoda para cualquiera que tratara de situarlo a sus órdenes. Esto fue lo que llevó a que el rey le desplazara de la posible presidencia del Gobierno y Adolfo Suárez promoviera su defenestración en las filas centristas. En segundo lugar, Areilza fue víctima de una cierta inconsistencia estratégica pues, sin renunciar a sus coordenadas ideológicas, su posibilismo le permitió en cada momento maximizar las posturas que la coyuntura requiriese. Así, protagonizó zigzagueantes movimientos que le ayudaron a proyectarse como el perfecto reformista, el padre del centro, el promotor de una derecha civilizada, el defensor de un neoforalismo de corte españolista o, simplemente, un hombre de consensos. Estas variaciones le hacían tejer y destejer alianzas en las que los socios pronto podían convertirse en adversarios, pues todo programa y estrategia parecía sometido a un proyecto centrado en sus propias

37. *El País*, 26-12-1984.

aspiraciones a presidir un gobierno que resolviera los grandes problemas del país, algo para lo que sólo él parecía sentirse capaz. Ese excesivo personalismo y vaivenes políticos provocaron que, si bien se reconociera su valor en la escena política, fueran pocos los leales dispuestos a seguir a Areilza en sus movimientos estratégicos.

En definitiva, las elevadas posibilidades de Areilza pronósticas por su alto valor y capacidad política fueron, de algún modo, víctimas de sus propias ambiciones, que anularon cualquier opción que hubiera podido tener de dirigir el país. De este modo, Areilza acabó convirtiéndose en uno de los perdedores más relevantes en el juego político de la época, situado como el reformista perdido de una España en transición.

Bibliografía

- ALONSO-Castrillo, Silvia (1996). *La apuesta del centro. La historia de UCD*. Madrid: Alianza.
- AREILZA, José María de (1977). *Diario de un ministro de la monarquía*. Barcelona: Planeta.
- AREILZA, José María de (1983). *Cuadernos de la transición*. Barcelona: Planeta.
- AREILZA, José María de (1985). *Crónica de libertad*. Barcelona: Planeta.
- AREILZA, José María de (1992). *A lo largo del siglo*. Barcelona: Planeta.
- BAÓN, Rogelio (2001). *Historia del Partido Popular. Del franquismo a la refundación*. Madrid: Ibersaf.
- BERNÁLDEZ, José María (1985). *El patrón de la derecha: biografía de Fraga*. Barcelona: PlazayJanés.
- BORRAS, Rafael (2014). *Los interinos: los ministros de la Corona*. Barcelona: Edhasa.
- CASANOVA, Iker (2007). *ETA, 1958-2008: medio siglo de historia*. País Vasco: Txalaparta.
- FRAGA, Manuel (1987). *En busca del tiempo servido*. Barcelona: Planeta.
- GARRIGUES, Antonio (1978). *Diálogos conmigo mismo*. Barcelona: Planeta.
- GIL PECHARROMÁN, Julio (2008). *La política exterior del franquismo. Ente Hendaya y El Aaiún*. Barcelona: Flor del Viento.
- GIL PECHARROMÁN, Julio (2019). *La estirpe del camaleón. Una historia política de la derecha*. Madrid: Taurus.
- GIRONELLA, José María y BORRAS, Rafael (1979). *100 españoles y Franco*. Barcelona: Planeta.
- GOTI, Esteban (2021). *Hijos de 1812. Liberales para una España en transición (1940-1980)*. Madrid: Comillas.
- GUERRERO, Pablo. (2018). *La labor como embajador de José María de Areilza en Argentina, los Estados Unidos y Francia*. Tesis doctoral inédita.

- HOPKIN, Jonathan (2000). *El partido de la transición. Ascenso y caída de la UCD*. Madrid: Acento.
- MAGALDI, Adrián (2021a). El primer centrismo de la Transición: el Partido Popular de 1976. *Aportes*, 107, 7-42.
- MAGALDI, Adrián (2021b). Coalición Democrática y las elecciones de 1979: la primera refundación de la derecha española. *Cuadernos de historia contemporánea*, 43, 253-277.
- MARTÍN DE SANTA OLALLA, Pablo (2004). La Iglesia y la Transición a la democracia: el Acuerdo Básico de Julio de 1976. *Estudios eclesiásticos*, 310: 457-498.
- NAVALÓN, Antonio y GUERRERO, Francisco (1987). *Objetivo Adolfo Suárez. 1980, el año de la agonía*. Madrid: Espasa-Calpe.
- OREJA, Marcelino (2011). *Memoria y esperanza*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- OSORIO, Alfonso (1980). *Trayectoria política de un ministro de la Corona*. Barcelona: Planeta.
- PALOMARES, Cristina (2006). *Sobrevivir después de Franco. Evolución y triunfo del reformismo, 1964-1977*. Madrid: Alianza.
- PENELLA, Manuel (2005). *Los orígenes y la evolución del Partido Popular*. Salamanca: Caja Duero.
- POWELL, Charles (1997). Crisis del franquismo, reformismo y transición a la democracia. En Javier TUSELL, Feliciano MONTERO y José María MARÍN (eds.) *Las derechas en la España contemporánea*. Barcelona: Anthropos, 247-270.
- POWELL, Charles (2007). Henry Kissinger y España, de la dictadura a la democracia (1969-1977). *Historia y Política*, 17, 223-251.
- POWELL, Charles (2011). *El amigo americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia*. Madrid: Galaxia Gutenberg.
- POWELL, Charles (2013). Alianza Popular y la Transición: la difícil forja de una derecha democrática española. En Rafael QUIROSA-CHEYROUZE (ed.). *Los partidos en la Transición*. Madrid: Biblioteca Nueva, 163-183.
- PRESTON, Paul (2012). *Juan Carlos: el rey de un pueblo*. Barcelona: PlazayJanés.
- RAMÍREZ, Pedro J. (1977). *Así se ganaron las elecciones*. Barcelona: Planeta.
- RAMÍREZ, Pedro J. (1979). *Así se ganaron las elecciones de 1979*. Madrid: Prensa Española.
- SÁNCHEZ-PRIETO, Juan María y ZAFRA, Guillermo (2016). El miedo al cambio incontrolable: la hora fallida de Fraga durante la Transición española. *Revista de Estudios Políticos*, 174, 299-329.
- TUSELL, Javier y GARCÍA, Genoveva (2003). *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la transición (1973-1976)*. Barcelona: Crítica.
- VILALLONGA, José Luis (2003). *El Rey*. Barcelona: PlazayJanés.